

REVISTA VENEZOLANA

DIRECTOR:



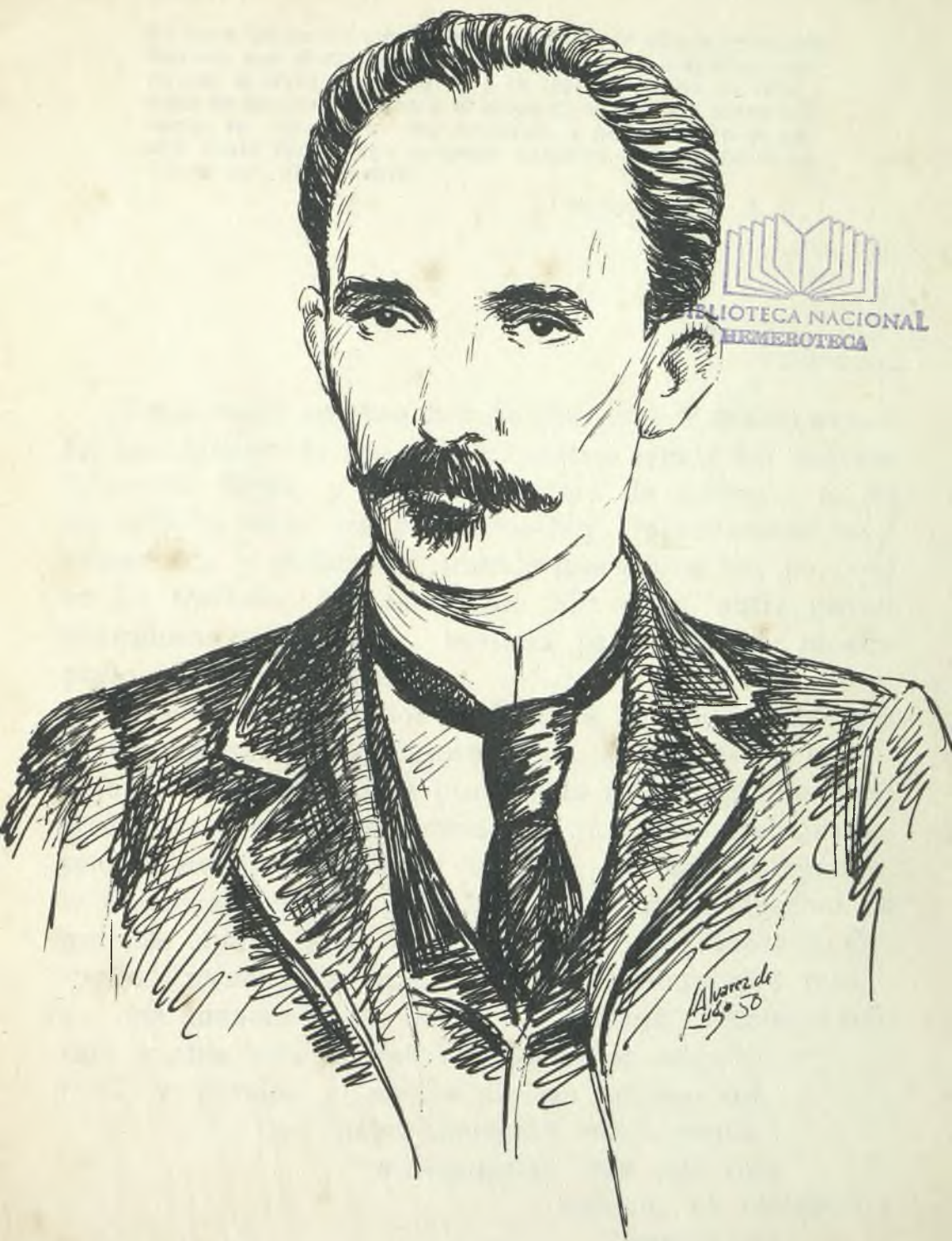
BIBLIOTECA NACIONAL
HEMEROTECA

JOSE MARTÍ.

15 DE JULIO DE 1881.

NUMERO 2.

RE-EDITADA POR
fotociencia, s.a.



BIBLIOTECA NACIONAL
HEMEROTECA

NOTA :

Se hace del conocimiento de los lectores de esta interesante Revista, que el motivo por el cual aparece la presente página con el texto incompleto, es debido al estado de deterioro en que se encuentra el original, uno de los pocos existentes en Venezuela. Por tal razón, y por el hecho de ser una copia facsimilar, estamos seguros de que sabrán justificarnos plenamente.

FOTOCIENCIA , S. A.



Engalanada aparece hoy la REVISTA VENEZOLANA. — La han favorecido con un valiosísimo regalo los señores Arístides Rójas, y Fausto Teodoro de Aldrey: es de tal valía la obra que ofrecemos hoy, reproducción muy aumentada y pulida del trabajo que vió la luz ha poco en *La Opinion Nacional*, que ella sola, entre gentes pensadoras y benévolas, bastaría para acreditar la empresa á que se uniese.

Apénas empiezan los pueblos de América á dar paz á sus angustias, y á descansar de su indispensable trabajo revolucionario, mas ocasionado á la explosion vehemente de los afectos personales, que á los trabajos detenidos de investigacion y exámen, — se dan sin demora, con generosa prisa y singular acierto, á la creacion de grandes obras: ésta es una. — No sabe qué hacer la REVISTA VENEZOLANA para agradecer el honor que recibe de una manera digna de él. — El trabajo es trascendental; y abre vías nuevas: la edicion es elegante y moderna, y publica el mérito de las prensas que la imprimen.

Con haber merecido este obsequio

de las amarguras que una empresa

al producir, el obligado y

REVISTA VENEZOLANA.

REVISTA VENEZOLANA.

DIRECTOR — JOSÉ MARTÍ.

AÑO I.

CARACAS, JULIO 15 DE 1881.

NUM. 2.

EL CARACTER DE LA "REVISTA VENEZOLANA."

He aquí el segundo número de la REVISTA VENEZOLANA. Fervorosas palabras de simpatía por una parte y naturales muestras de extrañeza por la otra, saludaron la aparición del número primero: todo nuevo viajero halla pródigo sol que lo caliente, y ramas que le azoten el rostro en el camino.—Débense al público, nó aquellas explicaciones que tengan por objeto cortejar gustos vulgares, ni ceder á los apetitos de lo frívolo; sino aquellas que tiendan á asegurar el éxito de una obra sana y vigorosa, encaminada, por vias de amor y de labor, á sacar á luz con vehemencia filial cuanto interese á la fama y ventura de estos pueblos.

No citaremos, sino agradeceremos en silencio, las demostraciones de ardoroso afecto que la REVISTA VENEZOLANA ha recibido: mas, ni debe intentarse lo mezquino, aunque de ello venga provecho mayor que de intentar lo grande, ni debe dejarse sin respuesta, por lo que al logro de lo grande importa, cuanto á desfigurarle ó á estorbarlo se dirige. Seguro de sí mismo, por enamorado, por trabajador, y por sincero, ni con las alabanzas se ofusca, ni ante interesados juicios ceja, el director de la REVISTA VENEZOLANA. La obra de amor ha hallado siempre muchos enemigos.

Unos hallan la REVISTA VENEZOLANA muy puesta en lugar, y muy precisa, como que encamina sus esfuerzos á elaborar, con los restos del derrumbe, la grande América nueva, sólida, batallante, trabajadora y asombrosa; y se regocijan del establecimiento de una empresa que no tiene por objeto entretener ócios, sino aprovecharse de ellos para mantener en alto los espíritus, en el culto de lo extraordinario y de lo propio; y nos aseguran que la tarea de hablar á los venezolanos calurosamente de su grandeza y beneficio, y los de la América, será estimada y favorecida en esta tierra bue-

na, en su provecho interesada, y encendida en el fogoso amor de sus proezas: ¡quién se fatiga de tener padres gloriosos! ¡ni de oír hablar del modo de hacer casa á sus hijos!—Pero hallan otros que la REVISTA VENEZOLANA no es batante variada, ni amena, y no conciben empresa de este género, sin su fardo obligado de cuentecillos de Andersen, y de imitaciones de Uhland, y de novelas traducidas, y de trabajos hojosos, y de devaneos y fragilidades de la imaginacion, y de toda esa literatura blanda y murmurante que no obliga á provechoso esfuerzo á los que la producen ni á saludable meditacion á los que leen, ni trae aparejadas utilidad y trascendencia.—Pues la REVISTA VENEZOLANA hace honor de esta censura, y la levanta y pasea al viento á guisa de bandera.

¡Cómo? Cuando se tallan sobre las ásperas y calientes ruinas de la época pasada, los tiempos admirables y gloriosos que los enérgicos ingenios y elementos robustos de este pueblo anuncian; cuando es fuerza ir haciendo con mano segura atrás á todo lo que estorba, y adelante á todo lo brioso y nuevo que urge; cuando vivimos en una época de incubacion y de rebrote, en que, perdidos los antiguos quicios, andamos como á tientas en busca de los nuevos; cuando es preciso derribar, abrirse paso entre el derrumbe, clavar el asta verde, arrancada al bosque vírgen, y fundar; cuando, poseedores de la excesiva instruccion literaria que heredamos de la colonia perezosa, se vive en gran manera como extraño enfrente de esos mares que nos hablan de poder y de fama venideros, de esas selvas, guardadoras clementes de nuestra fortuna abandonada, y de esos montes de oro, que descuajados en fuego se estremecen coléricos bajo nuestras plantas, como con cansancio de su obligada pereza, y con enojo del desamor con que los vemos; cuando los árboles están de pié en los bosques, como guerreros dispuestos á la lidia, en espera de estos gallardos desdeñosos de los pueblos, que no acuden á desatarlos y á recojer el fruto de ese magnífico combate de los humanos y la naturaleza; cuando pueblan florestas suntuósas naciones ignoradas, y se hablan raras lenguas por sendas escondidas, á cuyos bordes son abono de la tierra los frutos que podrian ir mar adelante en nave nuestra á ser gala y señuelo en los mercados; cuando vagan por entre nosotros, á modo de visiones protectoras, grandes muertos erguidos que

demandan á cada hijo que vive su golpe de martillo en la faena de la patria nueva; cuando hay tres siglos que hacer rodar por tierra, que entorpecen aún nuestro andar con sus raíces, y una nacion pujante y envidiable que alzar, á ser sustento y pasmo de hombres: ¿será alimento bastante á un pueblo fuerte, digno de su alta cuna y magníficos destinos, la admiracion servil á extraños rimadores, la aplicacion cómoda y perniciosa de indagaciones de otros mundos, el canto lánguido de los comunes dolorcillos, el cuento hueco en que se fingen pasiones perturbadoras y malsanas, la contemplacion peligrosa y exclusiva de las nimias torturas personales, la obra brillante y pasajera de la imaginacion estéril y engañosa?—Nó: no es ésta la obra. Es la imaginacion ala de fuego, mas no tórax robusto de la inteligencia humana. Es la facilidad, sirena de los débiles; pero motivo de desden para los fuertes, y para los pueblos causa de aflojamiento y grandes daños. De honda raíz ha de venir, y á grande espacio ha de tender toda obra de la mente. Deben sofocarse las lágrimas propias en provecho de las grandezas nacionales. Es fuerza andar á pasos firmes, —apoyada la mano en el arado que quiebra, descuaja, desortiga y avienta la tierra, —camino de lo que viene, con la frente en lo alto. Es fuerza meditar para crecer: y conocer la tierra en que hemos de sembrar. Es fuerza convidar á las letras á que vengan á andar la vía patriótica, de brazo de la historia, con lo que las dos son mejor vistas, por lo bien que hermanan, y del brazo del estudio, que es padre prolífico, y esposo sincero, y amante dadivoso. Es fuerza, en suma, ante la obra gigantesca, ahogar el personal hervor, y hacer la obra.

Cierto que, pasajeros de la nave humana, somos, á par del resto de los hombres, revueltos y empujados por las grandes olas; cierto que, venidos á la vida en época que excruta, vocea y disloca, ni los clamores, ni los provechos, ni las faenas del universo batallador nos son extrañas; cierto tambien que por nacer humanos, singulares dolores nos aquejan, como de águila forzada á vivir presa en un menguado huevecillo de paloma. Mas ni el fecundo estudio del maravilloso movimiento universal nos da provecho,—ántes nos es causa de amargos celos y dolores,—si no nos enciende en ánsias de combatir por ponernos con nuestras singulares aptitudes á la par de los que adelan-

tan y batallan; ni hemos de mirar con ojos de hijo lo ageno, y con ojos de apóstata lo propio; ni hemos de ceder á esta voz de fatiga y agonía que viene de nuestro espíritu espantado del ruido de los hombres. De llorar, tiempo se tiene en la callada alcoba, frente á sí mismo, en la solemne noche: durante el dia, la universal faena, el bienestar de nuestros hijos y la elaboracion de nuestra patria nos reclaman.

Animada de estos pensamientos, y anhelosa de hacer la obra mas útil, la REVISTA VENEZOLANA viene á luz, nó para dar salida á producciones meramente literarias, de las que vive sin embargo tan pagado y á las que con doloroso amor secreto se abandona el que esto escribe y comienza por alejar con mano resuelta de estas páginas, sus propias hijas nacidas en pañales de Europa, ó en pañal de lágrimas; nó para alimentar sus ediciones de trabajos varios, sin órden ni concierto, ni gran traba entre sí, ni fin comun, ni mas analogía que la que viene de la imaginacion que las engendra; nó á ser casa de composiciones aisladas, sin plan fijo, sin objeto determinado, sin engranage íntimo, sin marcado fin patrio:—viene á dar aposento á toda obra de letras que haga relacion visible, directa y saludable con la historia, poesía, arte, costumbres, familias, lenguas, tradiciones, cultivos, tráficos é industrias venezolanas. Quien dice Venezuela, dice América: que los mismos males sufren, y de los mismos frutos se abastecen, y los mismos propósitos calientan el que en las márgenes del Bravo codea en tierra de Méjico al Apache indómito, y el que en tierras del Plata vivifica sus fecundas simientes con el agua agitada del Arauco. Como balcon por donde asome á nuestro mundo feraz el mundo antiguo, y porque es elemento útil de nuestra vida, estará el movimiento universal representado por el extracto sucinto y provechoso de los grandes libros que en toda parte del mundo se publiquen. Y como dan medida justa de este sano pueblo el sentimiento ingénuo, el dolor casto y la pasion caballeresca de sus poetas, con rimas suyas irán siempre esmaltadas estas páginas humildes, soberbias sólo en el vigor conque han de defender la obra que intentan. Mas vale estar en ócio que emplearse en lo mezquino. Y callar, que no hablar verdad. Pero enfrente á la faena, es deber el trabajo, prueba la injusticia y el silencio culpa.—Determinado así nuestro propósito, excusado es de-

cír lo que está fuera de él, ó cabe en él.

De esmerado y de pulcro han motejado algunos el estilo de alguna de las sencillas producciones que vieron la luz en nuestro número anterior. No es defensa, sino aclaracion, la que aquí hacemos. Uno es el lenguaje del gabinete: otro el del agitado parlamento. Una lengua habla la áspera polémica: otra la reposada biografía. Distintos goces nos produce, y diferentes estilos ocasiona, el deleite de crepúsculo que viene de contemplar cuidadosamente lo pasado, y el deleite de alba que origina el penetrar anhelante y trémulo en lo porvenir. Aquel es ocasionado á regocijos de frase, donaire y discreto: éste á carrera fulgorosa y vívida, donde la frase suene como escudo, taje como espada y arremeta como lanza. De lo uno son condiciones esenciales el reposo, la paciencia: de lo otro, el ánsia y el empuje. De aquí que un mismo hombre hable distinta lengua cuando vuelve los ojos ahondadores á las épocas muertas, y cuando, con las angustias y las iras del soldado en batalla, esgrime el arma nueva en la colérica lid de la presente. Está ademas cada época en el lenguaje en que ella hablaba como en los hechos que en ella acontecieron, y ni debe poner mano en una época quien no la conozca como á cosa propia, ni conociéndola de esta manera es dable esquivar el encanto y unidad artística que lleva á decir las cosas en el que fué su natural lenguaje. Este es el color, y el ambiente, y la gracia, y la riqueza del estilo. No se ha de pintar cielo de Egipto con brumas de Lóndres; ni el verdor juvenil de nuestros valles con aquel verde pálido de Arcadia, ó verde lúgubre de Erin. La frase tiene sus lujos, como el vestido, y cuál viste de lana, y cuál de seda, y cuál se enoja porque siendo de lana su vestido no gusta de que sea de seda el de otro. Pues ¿cuándo empezó á ser condicion mala el esmero? Solo que aumentan las verdades con los dias, y es fuerza que se abra paso esta verdad acerca del estilo: el escritor ha de pintar, como el pintor. No hay razon para que el uno use de diversos colores, y no el otro. Con las zonas se cambia de atmósfera, y con los asuntos de lenguaje. Que la sencillez sea condicion recomendable, no quiere decir que se excluya del traje un elegante adorno. De arcáico se tachará unas veces, de las raras en que escriba, al director de la REVISTA VENEZOLANA; y se le tachará en otras de neólogo: usará de lo antiguo cuando sea bueno, y creará lo nuevo cuan-

do sea necesario: no hay porqué invalidar vocablos útiles, ni por qué cejar en la faena de dar palabras nuevas á ideas nuevas.

Queda con esto, agradecido tiernamente el amoroso concepto que á muchos merecemos, respondida sin vacilacion la extrañeza que á otros hemos causado, y determinado con fijeza el carácter de la REVISTA VENEZOLANA. La sinceridad: he aquí su fuerza. El estudio: he aquí su medio. Y un derecho solo recaba para sí: su derecho á lo grande.

CECILIO ACOSTA.

Ya está hueca, y sin lumbré, aquella cabeza altiva, que fué cuna de tanta idea grandiosa; y mudos aquellos labios que hablaron lengua tan varonil y tan gallarda; y yerta junto á la pared del ataud, aquella mano que fué siempre sosten de pluma honrada, sierva de amor y al mal rebelde. Ha muerto un justo: Cecilio Acosta ha muerto. Llorarlo fuera poco. Estudiar sus virtudes é imitarlas es el único homenaje grato á las grandes naturalezas y digno de ellas. Trabajó en hacer hombres: se le dará gozo con serlo. ¡Qué desconuelo, ver morir, en lo mas récio de la faena, á tan gran trabajador!

Sus manos, hechas á manejar los tiempos, eran capaces de crearlos. Para él el Universo fué casa; su patria aposento; la historia, madre; y los hombres hermanos, y sus dolores, cosas de familia, que le piden llanto. El lo dió á mares. Todo el que posee en demasía una cualidad extraordinaria, lastima con tenerla á los que no la poseen: y se le tenia á mal que amase tanto. En cosas de cariño, su culpa era el exceso. Una frase suya da idea de su modo de querer: "oprimir á agasajos." Él, que pensaba como profeta, amaba como mujer. Quien se dá á los hombres, es devorado por ellos, y él se dió entero; pero es ley maravillosa de la naturaleza que solo esté completo el que se dá; y no se empieza á poseer la vida hasta que no vaciamos sin reparo y sin tasa en bien de los demas la nuestra. Negó muchas veces su defensa á los poderosos: nó á los tristes. A sus ojos, el mas débil era el mas amable. Y el necesitado, era su dueño. Cuando tenia que dar, lo daba todo: y cuando nada ya tenia, daba amor y libros. ¡Cuanta memoria famosa de altos cuerpos del Estado pasa como de otro, y es memoria suya! ¡Cuánta carta elegante, en latin fresco, al pontífice de Roma, y son sus cartas! ¡Cuánto menudo artículo, regalo de los ojos, pan de mente, que aparecen como de manos de estudiantes, en los periódicos que éstos dan

al viento, y son de aquel varon sufrido, que se los dictaba sonriendo, sin violencia ni cansancio, ocultándose para hacer el bien, y el mayor de los bienes, en la sombra! ¡Qué entendimiento de coloso! ¡qué pluma de oro y seda! y ¡qué alma de paloma!

El no era como los que leen un libro, entreven por los huecos de la letra el espíritu que lo fecunda, y lo dejan que vuele, para hacer lugar á otro, como si no hubiese á la vez en su cerebro capacidad mas que para una sola ave. Cecilio devolvía el libro al amigo, y se quedaba con él dentro de sí; y lo hojeaba luego diestramente, con seguridad y memoria prodigiosas. Ni pergaminos, ni elzevires, ni incunables, ni ediciones esmeradas, ni ediciones príncipes, veíanse en su torno: ni se veían, ni las tenia. Allá en un rincon de su alcoba húmeda, se enseñaban, como auxiliares de memoria, voluminosos diccionarios: mas todo estaba en él. Era su mente como ordenada y vasta librería, donde estuvieran por clases los asuntos, y en anaquel fijo los libros, y á la mano la página precisa: por lo que podía decir su hermano, el fiel Don Pablo, que no bien se le preguntaba de algo grave, se detenia un instante, como si pasease por los departamentos y galerias de su cerebro, y recogiese de ellos lo que hacia al sujeto, y luego, á modo de caudaloso rio de ciencia, virtiese con asombro del concurso límpidas é inexhaustas enseñanzas.

Todo pensador enérgico se sorprenderá, y quedará cautivo y afligido, viendo en las obras de Acosta sus mismos osados pensamientos. Dado á pensar en algo, lo ahonda, percibe y acapara todo. Vé lo suyo y lo ageno, como si lo viera de montaña. Está seguro de su amor á los hombres, y habla como padre. Su tono es familiar, aun cuando trate de lo mas altos asuntos en los senados mas altos. — Unos perciben la composicion del detalle, y son los que analizan, y como los soldados de la inteligencia: y otros descubren la ley del grupo, y son los que sintetizan, y como los legisladores de la mente. El desataba y ataba. Era muy elevado su entendimiento para que se lo ofuscara el detalle nimio, y muy profundo para que se eximiera de un minucioso análisis. Su amor á las leyes generales, y su perspicacia asombrosa para asirlas, no mermaron su potencia de excrutacion de los sucesos, que son como las raices de las leyes, sin conocer los cuales no se ha de entrar á legislar, por cuanto pueden colgarse de las ramas frutos de tanta pesadumbre que, por no tener raiz que los sustente, den con el árbol en tierra. Todo le atrae, y nada le ciega. La antigüedad lo enamora, y él se da á ella como á madre, y como padre de familia nueva al porvenir. En él no riñen la odre clásica y el mosto nuevo: sino que, para hacer mejor el vino, lo echa á bullir con la sustancia de la vieja copa. Sus resúmenes de pueblos muertos son nueces

sólidas, cargadas de las semillas de los nuevos. Nadie ha sido mas dueño del pasado; ni nadie; singular energía, á muy pocos dada! ha sabido libertarse mejor de sus enervadoras seducciones. "La antigüedad es un monumento, no una regla: estudia mal quien no estudia el porvenir." Suyo es el arte, en que á ninguno cede, de las concreciones rigurosas. El exprime un reinado en una frase, y es su esencia: él resume una época en paabras, y es su epitafio: él desentraña un libro antiguo, y da en la entraña. Da cuenta del estado de estos pueblos con una sola frase: "en pueblos como los nuestros, que todavía mas que dan, reciben los impulsos ajenos." Sus juicios de lo pasado son códigos de lo futuro. Su ciencia histórica aprovecha, porque presenta de bulto y con perspectiva los sucesos, y cada siglo trae de la mano sus lecciones. El conoce las vísceras, y alimentos, y funciones de los pueblos antiguos, y la plaza en que se reunian, y el artífice que la pobló de estatuas, y la razon de hacer fortaleza del palacio, y el temple y resistencia de las armas. Es á la par historiador y apóstol, con lo que temple el fuego de la profecía con la tibieza de la historia, y anima con su fé en lo que ha de ser la narracion de lo que ha sido. Da aire de presente, como estaba todo en su espíritu, á lo antiguo. Era de esos que han recabado para sí una gran suma de vida universal, y lo saben todo, porque ellos mismos son resúmenes del universo en que se agitan, como es en pequeño todo pequeño hombre. Era de los que quedan despiertos, cuando todo se reclina á dormir sobre la tierra.

Sabe del Fuero Aniano como del código Napoleónico; y por qué ardió Safo, y porqué consoló Bello. Chindasvinto le fué tan familiar como Cambacéres: en su mente andaban á la par el Código Hermogeniano, los Espejos de Suabia y el Proyecto de Goyena. Subia con Moratin aquella alegre casa de Francisca, en la clásica calle de Hortalezas: y de tal modo conocia las tiendas celtas, que no salieran, mejor que de su pluma, de los pinceles concienzudos del recio Alma Tadema. Aquel creyente cándido era en verdad un hombre poderoso.

¡Qué leer! Así ha vivido: de los libros hizo esposa, hacienda é hijos. Ideas: ¿qué mejores criaturas? Ciencia: ¿qué dama mas leal, ni mas prolífica? Si le encendian anhelos amorosos, como que se entristecía de la soledad de sus volúmenes, y volvía á ellos con ahinco, porque le perdonasen aquella ausencia breve. Andaba en trece años, y ya habia comentado, en numerosos cuadernillos, una obra en boga entonces: *Los Eruditos á la violeta*. Seminarista luego, cuatro años mas tarde, estableció entre sus compañeros clases de Gramática, de Literatura, de Poética, de Métrica. Se aplicaba á las ciencias; sobresalía en ellas; el ilustre Cajigal le dá sus libros, y él bebe ansiosamente en aquellas fuentes de la vida física, y logra un título de agrimensor. — La Iglesia le cautiva, y aquellos serenos

días, luego perdidos, de sacrificio y mansedumbre; y lee con avaricia al elegante Basilio, al grave Gregorio, al desenfadado Agustín, al osado Tomás, al tremendo Bernardo, al mezquino Sánchez: bebe vida espiritual á grandes sorbos. Tiene el talento práctico como gradas ó peldaños, y hay un talentillo que consiste en irse haciendo de dineros para la vejez, por mas que aquí la limpieza sufra, y mas allá la vergüenza se oscurezca: y hay otro, de mas alta valía, que estriba en conocer y publicar las grandes leyes que han de torcer el rumbo de los pueblos, en su honra y beneficio. El que es práctico así, por serlo mucho en bien de los demas, no lo es nada en bien propio. Era, pues, Cecilio Acosta; quien lo dijera, que lo vió vivir y morir! un grande hombre práctico. Se dió, por tanto, al estudio del Derecho, que asegura á los pueblos y refrena á los hombres. Inextinguible amor de belleza consumía su alma, y fué la pura forma su Julieta, y ha muerto el gran desventurado trovando amor al pié de sus balcones. ¡Qué leer! Así los pensamientos, mal hallados con ser tantos y tales en cárcel tan estrecha, como que empujaban su frente desde adentro y la daban aquel aire de cimbria.

Nieremberg vivió enamorado de Quevedo, y Cecilio Acosta enamorado de Nieremberg. El Teatro de la Elocuencia de Capmany le servía muchas veces de almohada.— Desdeñaba al lujoso Solís y al revuelto Góngora, y le prendaba Moratin, como él encojido de carácter, y como él terso en el habla y límpido. Jovellanos le saca ventaja en sus artes de vida, y en el empuje humano con que ponía en práctica sus pensamientos; pero Acosta, que no lo dejaba de la mano, le vence en castidad; y galanura, y en lo profundo y varío de su ciencia. Lee ávido á Mariana, enardecido á Hernán Pérez, respetuoso á Hurtada de Mendoza. Ante Calderon, se postra. No halla rival pero Gallegos, y le seducen y le encienden en amores la rica lengua, salpicada de sales, de Sevilla, y el modo ingénuo y el divino hechizo de los dos mansos Luises, tan sanos y tan tiernos.

Familiar le era Virgilio, y la flautilla de caña, y Corydon, y Acates: él supo la manera con que Horacio llama á Telephus, ó celebra á Lydia, ó invita á Leuconoe á beber de su mejor vino y á encerrar sus esperanzas de ventura en límites estrechos. Le deleitaba Propertio, por elegante; huía de Séneca, por frio; le arrebatava y le henchía de entusiasmo Ciceron. Hablaba un latin puro, rico y agraciado: no el del Foro del Imperio, sino el del Senado de la República; no el de la casa de Claudio, sino el de la de Mecenas. Huele á mirra y á leche aquel lenguaje, y á tomillo y verbena.

Si dejaba las *Empresas* de Saavedra, ó las *Obras y Dias*, ó el *Sí de las niñas*, era para hojear á Vattel, releer el libro de Segur, reposar en *Los Tristes* de Ovidio, pensar, con los ojos bajos y la mente alta, en las verdades de Keplero, y asistir al

desenvolvimiento de las leyes, de Carlo Magno á Thibadianu, de Papiniano á Heineccio, de Nágera á las Indias.

Las edades llegaron á estar de pié, y vivas, con sus propios colores y especiales arreos, en su cerebro: así, él miraba en él, y como que las veía íntegramente, y cada una en su puesto, y no confundidas, como confunde el saber ligero, con las otras,—hojear sus juicios es hojear los siglos. Era de los que hacen proceso á las épocas, y fallan en justicia. El ve á los siglos como los vé Weber; no en sus batallas, ni luchas de clérigos y reyes, ni dominios y muertes, sino parejos y enteros, por todos sus lados, en sus sucesos de guerra y de paz, de poesia y de ciencia, de artes y costumbres: él toma todas las historias en su cuna y las desenvuelve paralelamente: él estudia á Alejandro y Aristóteles, á Pericles y á Sócrates, á Vespasiano y á Plinio, á Vercingetorix y á Velleda, á Augusto y á Horacio, á Julio II y á Buonarotti, á Elizabeth y á Bacon, á Luis XI y á Frollo, á Felipe y á Quevedo, al Rey Sol y á Lebrun, á Luis XVI y á Necker, á Washington y á Franklin, á Hayes y á Eddison. Lee de mañana las Ripuarias, y escribe de tarde los estatutos de un Montepio: deja las Capitulares de Carlo Magno, hace un epitafio en latin á su madre amadísima, saborea una página de Diego de Valera, dedica en prenda de gracias una carta excelente á la memoria de Ochoa, á Campoamor y á Cueto, y ántes de que cierre la noche, que él no consagró nunca á lecturas, echa las bases de un banco, ó busca el modo de dar rieles á un camino férreo.

Son los tiempos como revueltas sementeras, donde han abierto surco, y regado sangre, y echado semillas, ignorados y oscuros labriegos: y despues vienen grandes segadores, que miden todo el campo de una ojeada, empuñan hoz cortante, siegan de un solo vuelo la miés rica, y la ofrecen en bandejas de libros á los que aflan en los bancos de la escuela la cuchilla para la siembra venidera. Así Cecilio. El fué un abarcador, y un juzgador. Como que los hombres comisionan, sin saberlo ellos mismos, á alguno de entre ellos para que se detenga en el camino que no cesa, y mire hácia atras, para decirles como han de ir hacia delante; y los dejan allí en alto, sobre el monte de los muertos, á dar juicio: mas ¡ai! que á estos veedores acontece que los hombres ingratos, atareados como abejas en su faena de acaparar fortuna, van ya lejos, muy léjos, cuando aquel á quien encargaron de su beneficio, y dejaron atras en el camino, les habla con alarmas y gemidos, y voz de época. Pasa de esta manera á los herreros, que asordados con el ruido de sus yunques, no oyen las tempestades de la villa: ni los humanos, turbados por las hambres del presente, escuchan los acentos que por boca de hijos inspirados echa delante de sí lo porvenir.

Lo que supo, pasma. Quería hacer la América próspera,

y nó enteca ; dueña de sus destinos, y nó atada, como reo antiguo, á la cola de los caballos europeos. Quería descuajar las Universidades, y deshelar la ciencia, y hacer entrar en ella savia nueva : en Aristóteles,—Huxley ; en Ulpiano,—Horace Greeley y Amasa Walker ; del derecho,—lo práctico y tangible” : las reglas internacionales, que son la paz, “la paz, única condicion y único camino para el adelanto de los pueblos” : la Economía Política, que tiende á abaratar frutos de afuera, y á enviar afuera en buenas condiciones los de adentro. Anhelaba que cada uno fuese autor de sí, nó hormiga de oficina, ni momia de biblioteca, ni máquina de interés ageno : “el progreso es una ley individual, nó ley de los Gobiernos :” “la vida es obra.” Cerrarse á la ola nueva por espíritu de raza, ó soberbia de tradicion, ó hábitos de casta, le parecia crimen público. Abrirse, labrar juntos, llamar á la tierra, amarse : he aquí la faena : “el principio liberal, el único que puede organizar las sociedades modernas y asentarlas en su caja.” Tiene visiones plácidas, en siglos venideros, y se inunda de santo regocijo : “La conciencia humana es tribuna : la justicia, código ; la libertad triunfa ; el espíritu reina.” Simplifica, por eso ahonda : “La historia es el ser interior representado.” Para él es usual lo grandioso, manuable lo difícil, y lo profundo transparente. Habla en pró de los hombres, y arremete contra estos brahmanes modernos y magos graves que guardan para sí la magna ciencia : él no quiere montañas que absorban los llanos, necesarios al cultivo : él quiere que los llanos suban, con el descuaje y nivelacion de las montañas. Un grande hombre entre ignorantes solo aprovecha á sí mismo : “Los medios de ilustracion no deben amontonarse en las nubes, sino bajar como la lluvia á humedecer todos los campos.” “La luz que aprovecha más á una nacion no es la que se concentra, sino la que se difunde.”—Quiere á los americanos enteros : “La República no consiste en abatir, sino en exaltar los caracteres para la virtud.” Mas no quiere que se hable con aspereza á los que sufren : “Hay ciertos padecimientos, mayormente los de familia, que deben tratarse con blandura.” De América nadie ha dicho mas : “pisan las bestias oro, y es pan todo lo que se toca con las manos.” Ni de Bolívar : “la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas.” Ni del cristianismo : “El cristianismo es grande, porque es una preparacion para la muerte.” Y está completo, con su generosa bravura, amor de lo venidero y forma desembarazada y elegante, en este reto noble : “Y si han de sobrevenir díceres, hablillas y calificaciones, más consolador es que lo pongan á uno del lado de la electricidad y el fósforo, que del lado del jumento, aunque tenga buena albarda, el pedernal y el morron.”

Mas que del Derecho Civil, personal y sencillo, gustaba

del derecho de las naciones, general y grandioso. Como la pena injusta le exaspera, se da al estudio asídúo del Derecho Penal, para hacer bien. Suavizar : he aquí para él el modo de regir. Filangieri le agrada : con Røder medita. Lee en latin á Leibnitz, en aleman á Seesbohm, en ingles á Wheaton, en frances á Chévalier, a Carnazza Amari en italiano, á Pinheiro Ferrreira en portugues. Asiste á las lecciones de Blünstchlí en Heidelberg, y en Basilea á las de Feichmann. Con Heffter busca causas ; con Wheaton junta hechos, con Calvo colecciona las reglas afirmadas por los escritores ; con Bello, acendra su juicio ; con todos, suspira por el sosiego y paz del universo. Aplaude con íntimo júbilo los esfuerzos de Cobden, y Mancini, y Van Eck, y Bredino por codificar el Derecho de Gentes. Donde quiera que se pida la paz, está él pidiendo. El pone mente y pluma al servicio de esta alta labor. Hay en Filadelfia una liga para la paz universal, y él la estudia anhelante, y la Liga Còsmica de Roma, y la de Paz y Libertad de Ginebra, y el Comité de Amigos de la paz, donde habla Stürm. El piensa, en aborrecimiento de la sangre, que con tal de que ésta no sea vertida, sino guardada,—á darnos fuerza para ir descubriéndonos á nosotros mismos, lo que urge, y contra lo cual nos empeñamos,—buenos fueran los Congresos anuales de Lorimer, ó el superior de Hegel ; ó el Areópago de Blünstchlí. En 1873, escucha ansioso las solemnes voces de Calvo, Pierantoni, Lorimer, Mancini, juntos para pensar en la manera de ir arrancando cantidad de fiera al hombre : ¡ cuán bien hubiera estado Cecilio Acosta entre ellos ! De estos problemas, todos los cuenta como suyos, y se mueve en ellos, y en sus menores detalles, con singular holgura. De telégrafos, de correos, de sistema métrico, de ambulancias, de propiedad privada : de tanto sabe, y en todo da atinado parecer y voto propio. En espíritu asiste á los Congresos donde tales asuntos, de universal provecho, se debaten : y en el de Zurich, palpitante y celoso está él en mente con el Instituto de Derecho Internacional, nacido á quebrar fusiles, amparar derechos y hacer paces. Bien puede Cecilio hacer sus versos, de aquellos muy galanos, y muy honrados, y muy sentidos que él hacia : que luego de pergeñar un madrigal, recortar una lira ó atildar un serventecio, abre á Lastarria, relee á Bello, estudia á Arosemena. La belleza es su premio y su reposo : mas la fuerza, su empleo.

Y ¡ cómo alternaba Acosta estas tareas, y de lo sencillo sacaba vigor para lo enérgico ! ¡ cómo, en vez de darse al culto seco de un aspecto del hombre, ní agigantaba su razon á expensas del sentimiento, ni hinchaba éste con peligro de aquella, sino que con las lágrimas generosas que las desventuras de los poetas ó de sus seres ficticios le arrancaban, suavizaba los recios pergaminos en que escribe el derecho sus años ! Ya se erguia

con Eschylo y braceaba como Prometeo para estrujar al buitre; ya lloraba con Shakspeare, y veía su alcoba sembrada de las flores de la triste Ofelía; ya se veía cubierto de lepra como Job, y se apretaba la cintura, porque su cuerpo, como junco que derriba el viento fuerte, era caverna estrecha para eco de la voz de Dios, que se sienta en la tormenta, le conoce y le habla; ya le exalta y acalora Victor Hugo, que renueva aquella lengua encendida y terrible que habló Jehovah al hijo de Edom.

Esta lectura varia y copiosísima; aquel mirar de frente, y con ojos propios, en la naturaleza, que todo lo enseña; aquel rehuir el juicio ageno, en cuanto no estuviere confirmado en la comparacion del objeto juzgado con el juicio; aquella independendencia provechosa, que no lo hacia siervo, sino dueño; aquel beber la lengua en sus fuentes, y no en preceptistas autócratas ni en diccionarios presuntuosos, y aquella ingénita dulzura que daba á su estilo móvil y tajante todas las gracias femeniles,—fueron juntos los elementos de la lengua rica que habló Acosta, que parecia bálsamo, por lo que consolaba; luz, por lo que esclarecia; plegaria, por lo que se humillaba; y ora arroyo, ora rio, ora mar desbordado y opulento, reflejador de fuegos celestiales. No escribió frase que no fuese sentencia, adjetivo que no fuese resúmen, opinion que no fuese texto. Se gusta como un manjar aquel estilo; y asombra aquella naturalísima manera de dar casa á lo absoluto, y forma visible á lo ideal, y de hacer inocente y amable lo grande. Las palabras vulgares se embellecian en sus labios, por el modo de emplearlas. Trozos suyos enteros parecen, sin embargo, como flotantes, y no escritos, en el papel en que se léen, ó como escritos en las nubes, porque es fuerza subir á ellas para entenderlos: y allí, están claros. Y és, que quien desde ellas vé, entre ellas tiene que hablar: hay una especie de confusion que va irrevocablemente unida, como señal de altura y fuerza, á una legitima superioridad. Pero ¡qué modo de vindicar, con su sencillo y amplio modo, aquellas elementales cuestiones que, por sabidas de ellos, aunque ignoradas del vulgo que debe saberlas, tienen ya á ménos tratar los publicistas! Otros van por la vida á caballo, entrando por el estribo de plata la fuerte bota, cargada de ancha espuela: y él iba á pié, como llevado de alas, defendiendo á indígenas, amparando á pobres, arropado en su virtud más que en sus escasas ropas, puro como un copo de nieve, inmaculado como vellon de cabritillo no nacido. Unos van enseñándose, para que sepan de ellos; y él escondiéndose, para que no lo vean. Su modestia no es hipócrita, sino pudorosa: no es mucho decir que fué de virgen su decoro, y se erguia, cuando lo creia en riesgo, cual virgen ofendida: “Lo que yo digo, perdura.” “Respétese mi juicio, porque es el que tengo de buena fé.”—Su frente era una bóveda; sus ojos,

luz ingénuo; su boca, una sonrisa. Era en vano volverle y revolverle: no se veían manchas de lodo. Descuidaba el traje externo, porque daba todo su celo al interior: y el calor, abundancia y lujo de alma le eran mas caros que el abrigo y el fausto del cuerpo. Compró su ciencia á costa de su fortuna: si se es honrado, y se nace pobre, no hay tiempo para ser sabio y ser rico. ¡Cuánta batalla ganada supone la riqueza! y cuanto decoro perdido! y cuántas tristezas de la virtud, y triunfos del mal genio! y como, si se parte una moneda, se halla amargo, y tenebroso, y gemidor su seno! A él le espantaban estas recias lides, reñidas en la sombra: deseaba la holgura, mas por cauces claros: se placía en los combates, mas nó en esos de vanidades ruines é intereses sórdidos, que espantan el alma; sino en esos torneos de inteligencia, en que se saca en el asta de la lanza una verdad luciente, y se la rinde, trémulo de júbilo, debajo de los balcones de la patria! El era “hombre de discusión, nó de polémica estéril y deshonorosa con quien no ama la verdad, ni lleva puesto el manto del decoro.” Cuando imaginador ¡qué vario y fácil!: como que no abusaba de las imaginaciones, y las tomaba de la naturaleza, le salían vivas y sólidas. Cuando enojado ¡qué expresivo!: su enojo es dantesco; sano, pero fiero: no es el áspero de la ira, sino el magnánimo de la indignación. Cuanto decía en su desagravio llevaba señalado su candor: que parecia, cuando se enojaba, como que pidiese excusa de su enojo.—Y en calma como en batalla ¡qué abundancia! ¡qué desborde de ideas, robustas todas! ¡qué riqueza de palabras galanas y macizas! ¡que rebose de verbos! Todo el proceso de la acción está en la serie de ellos, en que siempre el que sigue magnifica y auxilia al que antecede. En su estilo se ve como desnuda la armazón de los sucesos, y á los obreros trabajando por entre los andamios; se estima la fuerza de cada brazo, el eco de cada golpe, la íntima causa de cada estremecimiento! A mil ascienden las voces castizas, no contadas en los diccionarios de la Academia, que envió á ésta como en cumplimiento de sus deberes, y en paga de los que él tenía por favores. Verdad que él había leído en sus letras góticas *La Danza de la Muerte*, y huroneado en los desvanes de Villena, y decía de coro las *Rosas* de Juan de Timoneda, ó el entremés de los olivos. Nunca premio fué mas justo, ni al obsequiado mas grato, que ese nombramiento de Académico con que se agasajó á Cecilio Acosta. Para él era la Academia como novia, y ponía en tenerla alegre su gozo y esmero: y no que, como otros, estimase que para no desmerecer de su concepto es fuerza cohonestar los males que á la Península debemos y aun nos roen, y hacer enormes, para agradarla, beneficios efímeros; sino que sin sacrificarle fervor americano ni verdad, quería darle lo mejor de lo suyo, porque juzgaba que ella le había dado mas de lo que él merecía, y

andaba como amante casto y fino, á quien nada parece bien para su dama. ¡ Cuán justo fué aquel homenaje que le tributó, con ocasion del nombramiento, la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras de Carácas! ¡ cuán acertadas cosas dijo en su habla excelente del recipiendario, el profundo Rafael Seijas! ¡ cuántos lloraron en aquella justa y ternísima fiesta! ¡ Y aquel discurso de Cecilio, que es como un vuelo de águila por cumbres! ¡ y la procesion de elevadas gentes que lo llevó, coreando su nombre, hasta su angosta casa! ¡ y aquella madrequita, llena toda de lágrimas, que salió á los umbrales á abrazarlo, y le dijo con voces jubilosas:—“Hijo mio: he tenido quemados los santos para que te sacasen en bien de esta amargura!” Murió al fin la buena anciana, dejando, mas que huérfano, viudo al casto hijo, que en sus horas de plática ó estudio, como romano entre sus lares, envuelto en su ancha capa, reclinado en su vetusto taburete, revolviendo, como si tejiese ideas, sus dedos impacientes, hablaba de altas cosas, á la márgen de aquella misma mesa, con su altarcillo de hoja doble, y el Cristo en el fondo, y ambas hojas pintadas, y la luz entre ambas, coronado el conjunto, á este lado y aquel de las paredes, de estampas de Jesus y de María, que fueron regocijo, fé y empleo de la noble señora, á cuya muerte, en carta que pone pasmo por lo profunda, y reverencia por lo tierna, pensó cosas excelsas el buen hijo, en respuesta á otras conmovedoras que le escribió en son de pésame Riera Aguinagalde.

No concibió cosa pequeña, ni comparacion mezquina, ni oficio bajo de la mente, ni se encelaba del ageno mérito, ántes se daba prisa á enaltecerlo y publicarlo. Andaba buscando quien valiese, para decir por todas partes bien de él. Para Cecilio Acosta, un bravo era un Cid: un orador, un Demóstenes: un buen prelado, un San Ambrosio. Su timidez era igual á su generosidad: era él un Padre de la Iglesia, por lo que entrañaba en ella, sabia de sus leyes y aconsejaba á su prohombres; y parecia cordero atribulado, sorprendido en las paz de la majada por voz que hiere y truena, cuando entraba por sus puertas, y rozaba los lirios de su patio con la fulgente túnica de seda, un anciano Arzobispo.

Visto de cerca ¡ era tan humilde!: sus palabras, que — con ser tantas que se rompían unas contra otros como aguas de torrente—eran ménos abundantes que sus ideas, daban á su habla apariencia de defecto físico, que le venia de exceso, y hacia tartamudez la sobra de diction. Aun visto de léjos, ¡ era tan imponente!: su desenvoltura y donaire cautivaban, y su vision de lo futuro entusiasmaba y encendia. Consolaba el espíritu su pureza: seducía el oido su lenguaje: ¡ qué fortuna, ser niño siendo viejo!: esa es la corona y la sanidad de la vejez. El tenía la precision de la lengua inglesa, la elegancia de la italiana, la magestad de la española. Republicano, fué justo con

los monarcas; americano vehementísimo, al punto de enojarse cuando se le hablaba de partir glorias con tierras que no fuesen ésta suya de Venezuela, dibujaba con un vuelo arrogante de la pluma el paseo imperial de Bonaparte, y vivía en la admiración ardorosa del extraordinario Garibaldi, que sobre ser héroe, tiene un merecimiento singular: serlo en su siglo. Él era querido en todas partes, que es más que conocido, y más difícil. Colombia, esa tierra de pensadores, de Acosta tan amada, lo veía con entrañable afecto, como viera al más glorioso de sus hijos: Perú, cuya desventura le movió á cólera santa, le leyó ansiosamente: de Buenos Aires le venían abrumadoras alabanzas. En España, como hechos á estas galas, saboreaban con deleite su risueño estilo, y celebraban con pomposo elogio su fecunda ciencia: el premio de Francia le venía ya por los mares: en Italia era presidente de la Sociedad Filohelénica, que llamó estúpida á su carta última: el Congreso de Literatos le tenía en su seno, el de Americanistas se engalanaba con su nombre: "acongojado hasta la muerte le escribe Torres Caicedo, porque sabe de sus males: luto previo, como por enfermedad de padre, vistieron por Acosta los pueblos que le conocían, Y él, que sabía de artes como si hubiera nacido en casa de pintor, y de dramas y comedias como si las hubiera tramado y dirigido; él, que preveía la solución de los problemas confusos de naciones lejanas con tal soltura y fuerza que fuera natural tenerle por hijo de todas aquellas tierras, como lo era en verdad por el espíritu; él, que en época y límites estrechos, ni sugetó su anhelo de sabiduría, ni entrabó ó cegó su juicio, ni estimó el colosal oleaje humano, por el especial y concreto de su pueblo, sino que echó los ojos ávidos y el alma enamorada y el pensamiento portentoso por todos los espacios de la tierra; él no salió jamás de su casita oscura, desnuda de muebles como él de vanidades, ni dejó nunca a ciudad nativa, con cuyas albas se levantaba á la faena, ni la margen de este Catuche alegre, y Guaire blando, y Anauco sonoro, gala del valle, de la naturaleza, y de su casta vida. Lo vió todo en sí, de grande que era!

Este fué el hombre, en junto. Postvió y previó. Amó, supo y creó. Limpió de obstáculos la vía. Puso luces. Vió por sí mismo. Señaló rumbos. Le sedujo lo bello; le enamoró lo perfecto; se consagró á lo útil. Habló con singular maestría, gracia y decoro: pensó con singular viveza, fuerza y justicia. Sirvió á la tierra y amó al cielo. Quiso á los hombres, y á su honra. Se hermanó con los pueblos, y se hizo amar de ellos. Supo ciencias y letras, gracias y artes. Pudo ser ministro de Hacienda y sacerdote, académico y revolucionario, juez de noche y soldado de día, establecedor de una verdad y de un banco de crédito. Tuvo durante su vida á su servicio una gran fuerza, que es la de los niños: su candor supremo: y la indignación,

otra gran fuerza. En suma: de pié en su época, vivió en ella, en las que le antecederón, y en las que han de sucederle. Abrió vías, que habrán de seguirse: profeta nuevo, anunció la furza por la virtud y la redencion por el trabajo. Su pluma, siempre verde, como la de un ave del Paraíso, tenia reflejos de cielo y punta blanda. Si hubiera vestido manto romano, no se hubiese extrañado. Pudo pasearse, como quien pasea con lo propio, con túnica de apóstol. Los que le vieron en vida, le veneran: los que asistieron á su muerte, se estremecøn. Su patria, como su hija, debe estar sin consuelo: grande ha sido la amargura de los extraños, grande ha de ser la suya.—Y cuando él alzó el vuelo, tenia limpias las alas!

JOSÉ MARTÍ.

CARTA A EDUARDO BLANCO.

Carácas, Julio 10 de 1881.

Señor Eduardo Blanco.—Presente.

Mi querido amigo: Me ha enviado U. su hermoso libro "Venezuela heróica," y lo ha hecho con palabras aconsejadas por la bondad, y escojidas por el cariño. Cuando en medio de las penas que en esta vida agovian el alma, llegan á nuestros oidos palabras como esas, y pronunciadas por labios como los de U, esas penas se mitigan, esa vida se despeja y esa alma descansa. Gracias, amigo mio: gracias por todo.

Ese libro, en que U, cual moderno Homero, canta las glorias de nuestros Aquiles; ese libro, en que U., en magníficos cuadros describe las prodigiosas proezas de nuestros héroes, y en que con mano delicada sacude suavemente el polvo arrojado por la injusticia, ó dejado caer por el olvido sobre sus verdes laureles; ese libro lo he leído con avidez y sin interrupcion. Yo lo he leído: como venezolano con orgullo: como patriota, con entusiasmo: como amante de las letras, con admiracion; y como amigo de U, con regocijo.

Su libro, embellecido con la elocuencia de su lenguaje, enriquecido con la profundidad de sus reflexiones, y autenticado con la exactitud de su relato, ha venido á sellar el proceso patrio, instruido contra los que han pensado que nuestra Venezuela científica, artística y literaria haya desaparecido, ó esté desapareciendo con tantos varones ilustres, que lustre y brillo le dieran en los parlamentos y en la prensa, en las academias y la tribuna, con la pluma y el laud, con el estudio y la reflexion.

No puede decaer, ni mucho ménos desaparecer del mapa de las letras el país cuyas últimas generaciones han escrito en los principales ramos del saber humano, muchas y muy importantes obras, que han merecido el aplauso de los inteligentes, que suficientes por sí son para crearle una reputacion, y que esparcen abundante luz, que forzoso sería ser ciego para no verla.

Bien quisiera yo, en comprobacion de mi aserto, hacer aquí una sucinta revista de todos ellos; y de cierto que lo intentaría, por mas que se ensancharan demasiado los límites naturales de esta carta, si los tuviera *todos* á la mano, ó de *todos* poseyera el suficiente conocimiento, ó por lo ménos un completo recuerdo. — Así es que para evitar omisiones, siempre penosas, me limitaré únicamente á los que, con el aprecio que engendra el mérito, y con la veneracion que inspira el patriotismo, tengo colocados en mi pobre estante, y que sus autores han tenido la bondad de enviarme, la mayor parte con frases de favor que sé debidamente agradecer.

Permítame U, pues, que puesto de pié ante esos monumentos nacionales, é inclinándome respetuosamente ante sus ilustrados autores, á quienes iré saludando individualmente, haga una ligera reseña, si no digna de importancia, expresiva sí de mis impresiones. Lo haré por el orden alfabético, que únicamente quebrantaré al dirigirme á

Eduardo Blanco, sí, á U, con quien estoy hablando, y que ha escrito su historia *Venezuela heroica*, su novela *La penitente de los teatinos*, y su drama *Lionfort*, libros indiscretos que han exhibido el talento y hecho conocer la instruccion que U., con su genial modestia, ha procurado humildemente ocultar bajo el celmin de su sencillo trato.

Ramon Azpurúa, hombre laborioso, tenaz en sus propósitos, que no concibe la vida sin el trabajo, y contribuyente espontáneo en todo lo que es progreso, despues de colaborar con el General José Félix Blanco en los *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, obra en catorce volúmenes que contiene la historia oficial de Colombia y Venezuela, recorre con su imaginacion toda la América latina en busca de sus hombres distinguidos, y los reúne en sus *Biografías de hombres notables de Hispano-América*, y los presenta á la contemplacion y al respeto del Viejo mundo.

El Dr. Gerónimo E. Blanco, que dedica su fácil

pluma, y consagra su talento y su instruccion médica al esclarecimiento de la verdad jurídica, penetra en el foro y el estudio de los letrados, para colocar en sus respectivas mesas sus *Lecciones orales de Medicina Legal*, en que jueces y abogados encontrarán luz bastante para resolver los difíciles casos que frecuentemente se discuten en la secuela de los juicios.

Manuel Antonio Carreño, que penetrado de la importancia social, política y religiosa de la educacion, escribe su *Manual de Urbanidad*, tratado completo que eclipsó todos los anteriores de su género, libro precioso que se ha hecho popular en Venezuela y fuera de ella, y que ha autorizado la frase ya generalizada de *falta de Carreño*, que explica comunmente al que de alguna manera infringe ó descuida las reglas de la urbanidad.

José Ignacio Paz Castillo, venerable patriarca de la enseñanza, fundador y director del primer Colegio de la Paz, hombre de alma noble y corazon bien puesto, á quien quiero con amor filial, y á quien siempre recordaré con respeto y gratitud. En su juventud escribió un cuaderno de Caligrafía, obra maestra; y hoy, en la edad en que la naturaleza debilita las fuerzas y otorga el descanso, renuncia á este privilegio, y como hábil calígrafo escribe con pulso firme su *Método para aprender á escribir y leer á un tiempo*, que, como un legado de cariño, ofrece paternalmente á la juventud á cuya educacion le consagró su edad florida.

Gualterio Chitty, que, interesado en favor de la infancia, quiere que con facilidad comprenda las operaciones aritméticas que tanto estropean su tierna inteligencia, modela un plan claro y sencillo, y lo desarrolla felizmente en su *Aritmética inteligible para los niños*, que ha hecho muy bien en calificar así.

Eloy Escobar, discípulo de Fray Luis de Leon y depositario de su estilo, que cuando canta gime, y cuando llora canta: filósofo festivo á veces, y taciturno las mas: hombre locuaz y alegre entre sus amigos, pensativo y melancólico en la soledad; sus *Composiciones literarias* son la plancha que contiene el fiel negativo de las impresiones que dominaran su elevado espíritu en el momento que las escribiera, para reproducirse con exactitud en las almas de los que las leen.

El Lcdo. Francisco González Guinan, escritor notable, que ocupándose del porvenir, y animado del patriótico pensamiento de enviarle generaciones dignas, se de-

sentiente por un momento de los hombres, con quienes está en brega política, para ocuparse de los niños, á quienes reúne á su lado, los acaricia, les afea el vicio, les sublima la virtud, les muestra el sendero del deber, y al efecto les pone en sus manos *El Consejero de la juventud*, que cual cuidadoso mentor los ha de conducir indefectiblemente por él.

Dolores González de Ibarra, mujer inteligente, modelo de las cualidades de su sexo y de las virtudes de su estado, en el ejercicio de sus atribuciones como inspectora de instruccion, no se contenta con ello, sino que, yendo mas allá, escribe su *Silabario Castellano* que dedica á las escuelas federales, y que por su plan y método tiene forzosamente que dar buenos resultados.

Domingo Ramon Hernández, poeta de natural y fácil versificación, cuya honradez le oculta la existencia del mal, que conforme siempre con su estado, ninguna aspiración le inquieta; y que humilde por temperamento, querido de todos y por todos reconocido su mérito, sus dotes intelectuales ni á él le engrienen, ni á los demas aflijen. Sus *Flores y Lágrimas*, que son el reflejo de su bellissimo carácter, perfumarán siempre el ambiente de nuestro parnaso, é impresionarán el corazón de todo el que las lea.

El Dr. Felipe Larrazábal, periodista distinguido, académico erudito y hombre de fácil decir, sepultado en temprana edad en las aguas del Atlántico, con la amenidad de su palabra y la finura de sus maneras disipaba toda prevencion y terminaba toda querella contra él. Despues de haber publicado sus *Artículos Literarios*, sus *Memorias contemporáneas* y su *Derecho político constitucional*, detiéndose sorprendido ante la figura gigantesca del Titan de la América, y arrebatado por el entusiasmo, deja de escribir para cantar la *Vida del Libertador Simon Bolívar*; y sin que la verdad sufriera alteracion por esa licencia permitida al númen, de su pluma sale, nó una historia con esa sequedad de su carácter, sino un poema con las bellezas de su índole.

José María Manrique, que involuntariamente comunica á sus producciones literarias la suavidad de su carácter, la delicadeza de su trato y el incienso de sus creencias religiosas, ofrece á la moral, á cuyo servicio ha puesto su fecunda imaginacion, una esperanza para la inocencia calumniada en su novela *Los dos avaros*,

y un camino decoroso y digno para el esposo ofendido, en su drama *Los dos diamantes*, que diamantes de brillo y quilate son.

El Dr. Wenceslao Monserratte, que consagrado á la instruccion de la juventud en el Colegio que ha fundado y dirige, concibe la feliz idea de anticiparle conocimientos en la ciencia de Adams, Smith y Flóres Estrada, y escribe con sencillez y claridad sus *Rudimentos de Economía Política, adaptadas á la enseñanza primaria*; en los que, en estilo familiar, les anticipa importantes nociones de esa ciencia utilísima, venero de verdadera riqueza para las naciones.

Francisco de Sáles Pérez, hijo, que afiliado en la escuela de Larra y Mesoneros, y parado á la puerta de Calderon, propónese con laudable objeto mejorar nuestras costumbres, escribe bajo la proteccion de su talento sus dos comedias *Jugar con dos barajas* y *Lo que siembras cojerás*, y sus oportunos artículos, que no se pueden leer sin hilaridad coleccionados en sus *Costumbres venezolanas* y en sus *Ratos perdidos*, que bien lo podrán ser para sus operaciones mercantiles, pero jamas para nuestro mejoramiento social.

El Dr. Santiago Ponce de Leon, que separado por largo tiempo de la patria, no ha tenido su pensamiento separado de ella; y que al regresar á su seno materno revestido de un alto carácter diplomático, le trae como presente filial, que con ánimo levantado defiende los santos derechos de igualdad, y la legítima representacion exterior, su *Estudio Social*, libro en que con pluma correcta y sesudo juicio discurre con acierto sobre la educacion moral y religiosa, la instruccion pública, la administracion de justicia, el trabajo, la industria y la inmigracion, necesidades palpitantes de la actualidad, y permanentes de todos los tiempos, en todas las épocas, y de todos los pueblos.

El Dr. Jesus María Portillo, deseoso de simplificar en lo posible el estudio de nuestra lengua, y animado del generoso propósito de poner en manos de los niños un libro, pequeño como ellos, que les suministre conocimientos que les sirvan de base para un estudio detenido en su mayor edad, escribe con marcado tino y claridad suma sus *Nociones Preliminares de Gramática Castellana*, que realmente contienen elementos conducentes á tan importante objeto.

El Dr. Arístides Rójas, incansable en el estudio, y

mas incansable aún en el noble propósito de compartir con los demas el caudal de conocimientos que tiene en su cabeza acumulado, y que, semejante á esos rios que en su curso recojen las aguas que con avidéz solicitan de sus tributarios para concurrir generosamente con ellas á la formacion ó engrandecimiento de otros de sus semejantes, ha escrito: para los hombres *Un libro en prosa*, rico repertorio de profundos conocimientos, sus cien cuadros de grandísimo valor, sus veinte y cuatro humboldtianas, dignas del nombre que llevan, y sus interesantes folletos y biografías: para los niños sus dos *Geografías* y demas libros didácticos; y que para ámbos está escribiendo su *Diccionario Etimológico*, de que ya conocemos parte, obra monumental que enaltecerá á su autor y hará honor á Venezuela.

El Dr. José Manuel de los Rios, que no contento en su humanitario ministerio con llevar el alivio al lecho del enfermo, arrebatarle á la muerte crecido número de víctimas, y enjugar lágrimas en el recinto de los hogares, escribe filantrópicamente su *Tratado de Higiene* con que se propone disminuir las enfermedades, por mas que al mismo tiempo disminuya su práctica.

Baldomero Rivodó, que en medio de los multiplicados negocios de su laboriosa profesion, hace un provechoso estudio de nuestro idioma; y que, en posesion de todos sus conocimientos, pone á un lado su cartera, y con el lápiz con que en ella hace sus cálculos mercantiles, escribe su *Tratado de los compuestos Castellanos*, *Nociones de Ortología Castellana*, y *Pronuario de la acentuacion Castellana*, libros utilísimos y de provechosos resultados para aprender á escribir correctamente.

Amenodoro Urdaneta, que consagrando su tranquila existencia, su conocida erudicion y su fácil pluma á la gloria de Dios y á la instruccion de la juventud, ha colocado en la Biblioteca de Venezuela sus *Consuelos y Meditaciones*, *La fé cristiana*, *El Catecismo del Credo*, *El Catecismo de la Constitucion*, *Cervántes y la Crítica*, sus *Fábulas para los niños*, sus *Gramáticas*, su *Aritmética*, y sus muchos mas tratados de instruccion elemental, libros todos con que *Amenodoro*, que ha merecido una condecoracion pontificia, nos ofrece *amenidad* que deleita, y *oro* que enriquece.

Trinidad Urdaneta, que dedicado á la enseñanza de la juventud en el plantel literario que ha fundado, no

se contenta con instruir á sus alumnos, sino que, dirigiendo su mirada á los demas planteles de enseñanza, les envía su *Teneduría de libros*, con que se propone auxiliar á los demas profesores y ayudar á los otros alumnos.

El Dr. Julian Viso, jurisconsulto de autoridad y crédito, y redactor de varios códigos, en union del laborioso Dr. Pedro Pablo del Castillo, autor del *Teatro de Legislacion*, comenta nuestro *Código de Procedimiento*, enriqueciéndolo con las decisiones y acuerdos del poder judicial, con tal acierto y erudicion que nuestros tribunales para sus decisiones, y los abogados para sus defensas han encontrado en él muchas veces un auxilio eficaz.

El Dr. Manuel Velázquez Level, acostumbrado en el ejercicio de su humanitaria profesion á llevar el alivio á las camas de los enfermos, ha querido llevarlo tambien á los bancos de las escuelas; y al efecto escribe, con claridad y sencillez, su *Enseñanza Objetiva*, cuyas lecciones revelan estudio y conocimientos en esta útil materia de parte del autor, quien debe tener la justa satisfaccion, no solo de haber escrito con tino y maestría, sino de ser el primero que en Venezuela lo hace sobre un sistema moderno, y reconocido como el más eficaz en el objeto, y el más económico, en tiempo y en trabajo, para el profesor que enseña, y para el alumno que aprende.

He terminado mi revista, que espero haya leído U. con su genial benevolencia. En ella, he rendido un homenaje, de justicia al mérito, y de gratitud á U. y á esos señores que han recordado mi humilde personalidad para favorecerme con el envio de sus magníficos trabajos.

En vista de esos, y de los demas libros que en crecido número han escrito nuestros compatriotas y que son de un mérito resaltante, ¿podrá decirse que las letras han decaído ó puedan desaparecer de Venezuela, con la ausencia de sus anteriores lumbreras?

No: aquellos hombres, verdaderamente eminentes, fueron grandes y brillantes meteoros que alumbraron nuestro espacio; pero que, al desaparecer, la mayor parte se ocultó con su luz: los que le han sucedido son antorchas que alumbran y que seguirán alumbrando.

Son, si se quiere, faros que á las generaciones siguientes les librarán de que encallen en los escollos de la ignorancia.

Terminaré felicitándole por su acertada idea de haber dedicado á sus hijos su precioso libro. Ellos, sin duda, lo conservarán con veneracion; y al leerlo con respeto filial, oirán la autorizada voz de su padre que les ordena imitar los ejemplos de heroismo, de abnegacion y de virtudes que nos dieron aquellos hombres extraordinarios para quienes nunca tendremos toda la gratitud y toda la admiracion de que se han hecho acreedores para con nosotros, que por ellos tenemos patria.

Reiterándole la expresion de mi agradecimiento, y deseando que U. siga poniendo su inteligencia al servicio de la civilizacion y de la patria, me repito su amigo

GUILLERMO TELL VILLEGAS.

EN LA MUERTE DE CECILIO ACOSTA.

I

Dió término al combatir
Sobre el campo de la vida,
Cuándo, sintiendo honda herida,
Se ocultó para morir.
Juzgó poder resistir
Llevando el bien por escudo,
Y al mal resistir no pudo:
Venció del mal la pujanza,
Y cayó con su esperanza
Partido el pecho desnudo.

II

Que es mortal la herida advierte,
Y ambas manos lleva al pecho;
Y en oculto y pobre lecho,
Cansado, esperó la muerte....!
¿Quién el débil, quién el fuerte?
Triste, injusta humanidad!
Jamás te mueve á piedad
Del abnegado el suplicio,
Si no te hace sacrificio
De la propia dignidad!

III

¿Qué valen despues de muerto
Esas honras, esas flores,
Si en vida, con sus dolores
Vagó, como en un desierto?
Su nave llegó ya al puerto

Bajo el ala de la Gloria :
 Vosotros los que la historia
 De los mártires haceis,
 En vuestro honor cuidareis
 De eternizar su memoria.

DIEGO JUGO RAMIREZ.

Caracas, Julio 9 de 1881.

LA SESION DEL DIA 5 DE JULIO.

Cualesquiera que sean los tiempos que el hombre alcance en el curso de los siglos, abrir cráteres al paso de una doctrina y conjurar desastres al tránsito de una tempestad, es la mision de las más gloriosas generaciones. Ideas que ayer agonizaban, flotando sobre la sangre de un cadalso, ó se amortiguaban con la ceniza de una hoguera, ó languidecian en el ámbito sombrío de una prision, son ostentadas hoy como hijas del martirio por la humanidad agradecida, que les da alas para trasmontar aquella altura, y les comunica terribles explosiones para allanar aquel camino, que es el del progreso, caracterizándola, en fin, con algo impremeditado y torrencial, capaz de abatir cumbres, encrespar océanos y cavar abismos.

Así el 5 de Julio. El da tumba á una época y cuna á otra. El eleva á magna virtud lo que habia sido poco ántes considerado como magno crimen. El confirma imperecedera fama á aquel Congreso primero de Venezuela, que si el dia 1° de Julio habia ya proclamado los derechos humanos, alcanzó en el dia 5 la más alta medida del atrevimiento y del renombre. A él deben los americanos su carta de pueblo libre: justo es volver á aquel Congreso, y á aquellos ardientes dias, los ojos.

El 1° de Julio habia, con la declaracion de los derechos populares, encendido en los ánimos agitacion indescriptible. Casi de seguida, el 3, hizo el Presidente D. Juan Antonio Rodríguez Domínguez, la mocion de ser llegado el tiempo de tratar sobre la independendia. Desde el momento de abrir Cabrera el debate, se advierte la cautela con que entraban á discutir el árduo caso, y los que le siguieron en el uso de la palabra, se expresaban con cierta timidez, volviendo siempre sus ojos á los Estados Unidos de Norte-América ó á la Inglaterra, lo cual hizo exclamar á Fernando Toro: “¡Está quemándose nuestra casa, y disputamos sobre el modo y tiempo de apagar el fuego!”

“Es muy probable, observaba Francisco Hernández, que se alarmen los pueblos, incapaces aún de alcanzar los bienes de la independendia: el vulgo cree que los reyes vienen de Dios, y este prestigio debe desvanecerse, como ha dicho bien Roscio.”

Un hombre de fisonomía bondadosa, se levantó en este momento. "No sé cómo conciliar, dijo impacientado, la energía con que deseamos y pedimos la independencia, con el pupilaje en que nos constituimos con respecto á la Inglaterra.... La religion no da derechos de usurpacion. Las violencias y las perfidias de la conquista han condenado más almas que todas las heregías." Era el que hablaba José María Ramírez, diputado por Aragua de Barcelona, cuya elocucion brotaba sin dificultad de sus gruesos labios, clara y enérgica. La discusion continúa: Miranda habla.

Es indescriptible el ánsia que se apodera de los espectadores: llueven los aplausos, los murmullos de aprobacion. Maya (de la Grita) intimidado, hace leer las instrucciones que se le dieron y salva su voto; el torrente entónces cambia de direccion, y resuenan gritos de desaprobacion, entre silbidos y gesticulaciones. Tuvo que intervenir la voz del Presidente, para contener el desórden, secundada eficazmente por la pronta elocuencia, y no sé qué facilidad tribunicia, de D. Francisco Javier Yáñez, jóven abogado de indisputables talentos y erudicion. Burlábanse las gentes de su cuerpo medrado y rostro extraño.

Solian mover á risa su rostro seco, y sus labios extensos y muy finos, pero se le aplaudia sin dilacion al discurrir, y se le respetaba porque sabia allegarse prosélitos y admiradores como jefe de partido.

Despues de invocar la independencia como absoluta condicion para establecer el pacto fundamental: "¿Qué significan, preguntó, Confederacion, Congreso General, Poder Ejecutivo y conservacion de los derechos de Fernando VII? ¿Qué quiere decir gobierno popular, y mantener la forma de una monarquía?" Todos están llenos de confusiones y perplejidades, y puede asegurarse que ninguno se levanta por la mañana con las mismas ideas con que tomó su lecho la noche anterior. Tales son los efectos de un gobierno indefinido."

Aplaudió Roscio el pensamiento de la emancipacion, pero asomando al propio tiempo la posibilidad de un desmembramiento respecto de Coro, Maracaibo y Guayana. Esta idea, impugnada por Yáñez, es una prueba de la escrupulosa dialéctica especial á aquel hombre ilustre, cuya frente tranquila, coronada de cabellos que encanecian, publicaba su bondadoso carácter. Movia á curiosidad el verle chocando su opinion con la de Yáñez; porque formados ámbos en la casa de Doña Guadalupe Pacheco, con genios tan diversos, alcanzaron igual corona cívica, éste acompañando á los ejércitos republicanos para escribir sus fastos, y aquel viviendo constantemente de pié en servicio de la patria.

La víspera del 5 recibió el Congreso á una comision de la Sociedad Patriótica. Pronunció un largo discurso el Dr. Peña, incitando los ánimos á tomar una resolucion definitiva. Eco de

las nobles aspiraciones de una juventud nacida para la libertad el 19 de Abril, ésta veía en él torbellinos que habían de barrer las últimas trincheras de la monarquía y aspiraciones que habían de sacudir más tarde los cimientos de una República desventurada. Recuerda su oración la tumultuosa noche en que figuró activamente entre los más decididos partidarios de la independencia, cuando esa misma juventud, buscando en qué saciar su ambiciosa pasión por ser libre, y queriendo como atizar la cólera de los que sufrieron trescientos años de un poder absoluto, determinó celebrar el aniversario de la Revolución del 19 de Abril.

Citáronse para la noche de aquel día caluroso, los miembros de la Sociedad Patriótica, con ánimo de conmemorar aquel día amado. El local en que de ordinario tenían sus reuniones, era una casa perteneciente á Bolívar, situada á dos pasos del Cuerpo Legislativo, entre las esquinas de Sociedad y Gradillas, cerca de los Jérez, los Solórzanos, los Mijáres, los Rivas, los Palácios. Pasadas las fiestas del día, se vió al anochecer iluminada la sala del segundo piso, al través de sus anchas ventanas, y bullendo allí los más encontrados pareceres, bien que todo rebosaba en patriotismo. Hombres que representaban las ideas é intereses de su época, se cruzaban allí animados de una agitación febril; platicaban algunos gravemente: hablaban otros con calor, y pocos meditaban qué abrojos y cuáles desgracias habían de aguardarles en la futura cruzada: José María Pelgron se hacía notar por su índole vehemente, por su estatura elevada, cual su talento: Vicente Sálias recitaba sus versos festivos á un grupo de la concurrencia: Antonio Muñoz, después Muñoz Tébar, era poco ántes eclesiástico en San Felipe Neri, y pereció poco después en La Puerta, habiéndose desmontado de su caballo aquel niño delicado y no llevando durante el combate otras armas que un sarmiento: á Francisco Antonio Paúl, ó sea Coto Paúl, ocurrían de monton las tempestades, y mejor dispuesto para arengar en los campos de batalla que en aquella asamblea, la llenaba con su cólera tremenda: era un abogado impetuoso, “cíclope con dos agujeros por ojos, afeado por la viruela, de cabeza enorme cubierta de erizadas cerdas, de ideas febriles servidas por una voz de trueno.”

Allí estaban con ellos el Dr. Espejo, célebre por su elocuencia; Felipe Fermin Paúl, abogado de relevantes prendas, de voz sonora y vibrante, de cara llena y expresiva, como la de un león; Vicente Tejera, casi jorobado, desapacible en su talante, denton, cruel de entrañas, pero fino y caballeroso; el Dr. Angel Alamo, médico barquisimetano, que contribuyó á redactar la famosa acta del 5 de Julio. A más, representaban la acción el Dr. Miguel Peña, bajo cuyas arqueadas cejas luce una mirada escrutadora, y en su crecida cabeza el temple de Angel Quintero y José Hermenegildo García; el coronel de milicias

Simon Bolívar, en quien se hubiera presentado un César; José Félix Rivas, su tío, de temperamento sanguíneo, intrépido, colérico, Héctor sin Aquiles; García de Sena, que no supo olvidar los ecos del Parnaso en el campamento y el vivac, ni la desgracia de Miranda para zaherirle; el heroico y malogrado capitán Lorenzo Buroz; Francisco Carabaño, teniente del antiguo Batallón Fijo, feo de miras extremas, pero buen repúblico.—Miranda presidía.

Miéntas que los espectadores discurrían por las escaleras y corredores ó se apiñaban en las puertas, miéntas las mujeres electrizaban á los jóvenes con su presencia, y Pancho Mujica, álias el Pueblo, interpelaba á la Sociedad, en ésta se levanta de pronto el grito formidable de la independéncia. “Señores, decía Muñoz con su fresca y dulce voz, hoy es el natalicio de la revolución. Termina un año perdido en sueños de amor por el esclavo de Bonaparte. ¡Que principie ya el año primero de la independéncia y la libertad!”—“Escapados de la tiranía, su vuelta nos preocupa únicamente; pero la anarquía es también la tiranía, complicada con el desórden....”

“La anarquía? le interrumpe violentamente Coto Paúl, la anarquía? Esa es la libertad cuando para huir de la tiranía, desata el cinto y desanuda la cabellera oncosa. ¡La anarquía! Cuando los dioses de los débiles, la desconfianza y el pavor, la maldicen, yo caigo de rodillas á su presencia. Señores! Que la anarquía con la antorcha de las Furias en la mano, nos guie al Congreso, para que su humo embriague á los facciosos del órden y la sigan por las calles y plazas gritando Libertad!”

Murmurábase arteramente que había dos congresos:—“No es que hay dos congresos, exclama Bolívar: ¿cómo fomentarán el cisma los que conocen más la necesidad de la union? Lo que queremos es que esa union sea efectiva, y para animarnos á la gloriosa empresa de nuestra libertad. Unirnos para reposar, para dormirnos en los brazos de la apatía, ayer fué una mengua, hoy una traicion. Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad americana: vacilar es perdernos. Que una comision del seno de este cuerpo lleve al Soberano Congreso estos sentimientos.”

Y esos fueron los sentimientos exaltados que con acento enérgico llevó al seno del Congreso el valenciano Peña el dia 4 de Julio. Calmada apénas la agitacion que su discurso patriótico produjo, se acordó en sesion secreta comisionar al Presidente para que conferenciase con el Poder Ejecutivo, sobre si era compatible con la seguridad pública la declaratoria de la independéncia.

Inolvidable era el aspecto del Cuerpo legislativo el dia 5. Reunido en la capilla del Seminario Tridentino, muy temprano comenzó á afluir una multitud de espectadores. Mezquino, si se quiere, el lugar, bastaba para ser teatro de la libertad. En

aquel tiempo estaba rodeada la plaza de portales y canastillas, de buhoneros y verduleras durante el día: toda ella estaba empedrada, ocupaba su centro un sumidero, y el extremo N. O. un cuartel, que llamaban El Principal, con su garita, cuyas gradas bajaban hasta la parte central, situada á un nivel inferior. Hacia el N. cruzaba la calle de los Bravos, mostrando sus casas bajas y ruinosas, y al E. levantaba su fachada la Catedral: del lado O. veíanse sucesivamente desde el Principal, la cárcel pública, la Casa de Ayuntamiento con su célebre balcon corrido, y otros edificios particulares.

En cuanto al local mismo del Congreso, no era ménos digno de atencion. Calle por medio con la capilla del convento de Concepciones y codeándose á la derecha con el Seminario y el Palacio Arzobispal, tenia algo de extraordinario y sagrado. A un lado elevaba sus paredes amarillentas un viejo edificio, todo él silencio y santidad; al otro, formaban su alma los futuros ministros de la Iglesia. Allá, la campana de la madrugada, la oracion, la penitencia, las preces matinales y el cántico femenino depositado con la mirra y el incienso en los altares: acá, la meditacion, el estudio, y esa fascinacion á merced de la cual veian los seminaristas la patria entre sus ojos y el breviario. Allá, una pasion ardiente, el misticismo en el corazon de una mujer, la voz de la conmiseracion pronta á brotar de aquellos puros labios, el sayal flotando sobre sus cuerpos delicados, como temiendo hacerles daño; acá una aspiracion fogosa, los vítores que llegan á los claustros electrizando á sus moradores, el oido atento á la lucha, el pensamiento fijo en Dios. ¿Pensais acaso que esa vestidura talar está velando las nobles aspiraciones del adolescente, que entre las sombras mueren sus quiméricos planes, que en aquella magnífica mansion no cabe una vida para la patria? Mentira! Que cerca de ellos hay algo que hierve, que se agita, que lanza chispas y puede desatar el rayo, algo inusitado y rugiente que quita á un rey su cetro para dárselo al derecho!

Y el sitio, con ser sencillo, era imponente: la alfombra que cubria el pavimento, las cortinas rojizas que ornaban las ventanas, junto con los tapetes encarnados, contribuian á dar al acto cierto viso de la enseña roja usada por los convencionales del 93. Los espectadores invadian las puertas y ventanas y el coro alto, y llegaban al respaldo de los sillones ocupados por los Diputados. Rodríguez Domínguez, de agradable presencia, de fácil decir, ocupa el sólio presidencial; á su diestra el Pro. Luis Ignacio de Mendoza; á su frente López Méndez; á su izquierda, el brigadier Fernando Toro; más allá, Iznardi, del Colegio de Cádiz, secretario del Congreso: Clemente lleva su uniforme de teniente de fragata; hombre suave por lo demas, habia mandado largo tiempo en la marina real: José de Sata y Bussy, capitán de artillería, pequeño de cuerpo, murió tem-

prano en extraña playa: Unda, de cara angulosa y ojos vivos, Fernández Peña, en cuyas facciones se retrataba una tristeza cristiana llena de atractivos, y Méndez, de genio arrebatado, eran tres levitas, que habian de empuñar el cayado del pastor en la grey de Jesucristo: en el Dr. Juan Nepomuceno Quintana, se veía un sacerdote simpático, de modales finos, que creció al lado de los Vaamondes y poseía caudal copioso de ciencia, y brio de pensamientos: á Tovar no le verémos ostentando las galas del ingenio, y aún á los extraños nada interesaba su apostura, que era la de un buen hombre, mas era sí un carácter austero, con alma de niño, familia de los Fabricios de Roma y los Arístides de Aténas; su aparente candidez escondía un alma de Bruto, y él pudo decir, cuando un poder injusto le envió al destierro: “Yo he servido á la patria, por ella he padecido en los dias de su adversidad, y nada he solicitado ni esperado en los tiempos de su mejor fortuna.”

Figuraban al lado de ellos Peñalver, que tuteó en todo tiempo á Bolívar, y mereció de él especial veneracion, á causa de su intachable rectitud; Uztáriz y el marques del Toro, ámbos pertenecientes al cuerpo de la defensa nacional; el comandante general D. Nicolas de Castro, que fué miembro de la Junta de guerra y defensa de las nuevas provincias: D. Manuel Plácido Maneyro, que aunque no pasaba de ser un agricultor honrado, influía no obstante con las vueltas rojas de su uniforme y su sincero entusiasmo por la causa de la patria, en las masas populares. Figuraban en la Secretaría como oficiales, José Luis Ramos, jóven filólogo que llevaba en la redaccion de los documentos un particular esmero y cuidado: José Paúl, á quien sus compañeros decían en tono familiar, Pepe Paúl, de frente velada por los cabellos, y encargado de llevar la palabra, supliendo así á los estenógrafos; y Rafael Domínguez, de imaginacion viva, futuro redactor de “El Colibrí.”

En la mañana del 5 hubo por algunos instantes sesion cecreta. Hecho público el debate, estremeciéronse los grupos y corrillos del pueblo, como si temieran que algun imprevisto obstáculo impidiese la anhelada declaracion. No faltaron ciertamente los miembros de la Sociedad Patriótica, ni cesaron tampoco de discurrir por entre las masas, enardeciéndolas con sus atrevidos pensamientos. “La patria está en peligro!” era el saludo que se dirijian al encontrarse.

Al comenzar la sesion memorable de ese dia, faltaban los diputados Uztáriz, Méndez (de Guasqualito) Rivas, Mendoza y Quintana. A la verdad, no parecia sino que todo se reduciría á efectuar una simple votacion; pero en realidad quedaban algunos, que vacilaban, como queriendo penetrar el porvenir. Al cabo, los ménos resueltos, por la moderacion que en ellos imprimía su estado, prohicieron sin rebozo el pensamiento debatido.

“Veo que se duda de nuestros poderes, exclamó Salvador

Delgado, Cura de Santa Rosalía, y se oponen las instrucciones. Aquellas y éstas no tienen otros límites ni otro fundamento que la salud general de los pueblos que representamos”.....

A nadie se ocultaron las profundas reflexiones á que en todos sentidos se entregaron los últimos en adoptar la idea de la Sociedad Patriótica. Sorprende, al contrario, el proceder de Antonio Nicolas Briceño, á quien solian apellidar sus colegas El Diablo ; abogado de exterior sombrío, y luego tan adusto é inclinado al sistema del terror, que pereció en sus propias llamas : él, sin embargo, hablaba impasible en aquel arcópagó, exponiendo con más ó ménos lógica su razonamiento : “Y creo finalmente (terminaba) que ahora más que nunca debe ser la union, la fraternidad y la moderacion nuestra divisa !”

Las barras vieron gustosas ponerse de pié á un jóven juriconsulto, de facciones puras y ancha frente, que hablaba en un lenguaje á ellas agradable. “Todas las naciones del Antiguo Mundo han brillado ántes que nosotros, y se acerca el momento de que brille el Nuevo.... Venezuela será habitada por hombres libres ó el sepulcro funesto de sus actuales moradores : Venezuela será un pueblo independiente ó dejará de existir entre los pueblos de la tierra !” Y el nombre de Manuel Palacio, andaba de boca en boca entre los bravos de la multitud.

Crecian el entusiasmo y las aclamaciones, cuando para contestar á Roscio la objecion que presentaba de la poca poblacion de Venezuela, se levantaron Cabrera y un anciano de porte magestuoso, vestido como los convencionales de la revolucion francesa, de cabellera empolvada, arete en la oreja, calzón corto, como era la moda, y zapatos con hevillas. Francisco de Miranda es, y la banda roja del 93 le ciñe. Temible Roscio en su argumentacion, porque abordaba sin dificultad los puntos más difíciles de derecho público, y armado igualmente con una lógica que aturdia, y una modestia que obligaba, Cabrera y Miranda hubieron de acudir á una oportuna reseña de los Estados de Europa que se hallaron en idénticas condiciones á la nuestra. Apoyábalos Rodríguez Domínguez, recordando con indignacion el desprecio con que trataban de nosotros las Córtes de Cádiz.

Todo parecia terminado cuando llegó Méndez (de Guasualito) y tomando el hilo de la discusion, recordó al Congreso los anteriores juramentos, que iban á quebrantar. Refutados al instante estos reparos por Roscio y Paúl, llamó la atencion del Congreso el Presidente, para cerrar el debate. Propuesta y efectuada la votacion, resultó un voto salvado por el Dr. Maya (de la Grita). Es falso que á las barandillas del Congreso ocurriesen personas encargadas de conminar á los diputados sacando de vez en cuando sus puñales de las vestiduras. Lo cierto es que palmoteaban y recibian con general aplauso los discursos pronunciados en favor de la independencía, ó con sil-

bidos á los que se oponian, ó gritaban á Pagola “Apoyo,” y á Ortiz “El niño perdido y hallado en el templo”; y esto no es quitar á Maya el mérito de su proceder, fundado por él en causas que creyó ineludibles hasta el fin; porque inspirada su noble alma en un valor civil á toda prueba, fuera de que gozaba del respeto de todos, para con él eran inútiles las amenazas, y la sangre que temia ver derramada, gustoso la hubiera dado por no violentar su conciencia, y turbar su pura tranquilidad.

Hácia el mediodia, el aspecto del pueblo era tempestuoso: parte aguardaban con impaciencia el resultado de la reunion: parte imaginaban sérias é imprevistas dificultades, y los realistas pusilánimes se atrevian apénas á asomarse por sus ventanas entreabiertas.

Repentinamente apareció con gran ruido en la puerta de la Capilla de la Universidad, un tropel humano, que agitaba sus brazos, que lanzaba vivas exclamaciones, mil voces al viento, sombreros al aire: oleaje irresistible, victorioso, ébrio de escollos dónde chocar, de costas dónde estrellarse. Era que el Presidente del Congreso había declarado solemnemente la absoluta independencia de la Confederacion de Venezuela.

Un extraordinario entusiasmo se apoderó de todos los ánimos, todas las clases de la sociedad celebraron á una aquel triunfo, los republicanos más ardientes, la juventud del 19 de Abril, arrastraban tras sí las turbas, los oradores populares iban de plaza en plaza aclamando los derechos del pueblo. No eran aquellos regocijos horribles lupercales, sino la invitacion que se hacian los patriotas para cenar con Pluton.

Reinando sin descanso el bullicio y las festividades, el Congreso encargó en la sesion de la tarde al teniente general Miranda y á los capitanes Sata y Clemente la designacion de la escarapela y pabellon nacionales, y á Roscio é Iznardi la redaccion del acta; la cual firmaron en efecto á las doce de la noche. Examinaron allí el pasado sin rencor, y encontrando un pueblo oprimido, pronunciaron su fallo contra el opresor, invocando nó á Némesis terrible, sino á la imparcial Astrea.

LISANDRO ALVARADO.

A QUIEN ?

Cual suele sonrosada nubecilla
 Ir por el alto cielo,
 Miéntras su sombra inquieta peregrina
 Por arenal inmenso ;—
 Así va mi risueña fantasía
 Por el aire ligero,
 Y así mi corazon, que tú fatigas,
 Por el vasto desierto !

ELOY ESCOBAR.

RE-EDITADO POR FOTOCIENCIA, S.A. AV. LIBERTADOR 118-1 LAS DELICIAS, CARACAS TLF. 710486
MAYO DE 1958